

elevado del pensamiento, es una copia de la tragicomedia de aquellos filósofos. El materialismo científico, el positivismo o racionalismo contemporáneo, no ha podido desacreditar por completo la Metafísica; ha concluido por el contrario, revelándonos como una nueva concepción metafísica, tan débil para resolver los grandes problemas morales de que la naturaleza humana no puede prescindir, que poco a poco ha ido realizándose una reacción, no ya en el sentido de restaurar el ideal místico hecho añicos por la ciencia, sino en el de prescindir, simplemente, del ideal moral del materialismo. La inteligencia humana se encuentra así en las mismas condiciones del individuo que regala el único traje que posee al recibir otro que, después de ensayado, resulta no servirle, de manera que está obligado a permanecer desnudo. Esta desnudez es la crisis, intelectual y moral.

Existe en el hombre una necesidad imperiosa, irreductible, que ha existido siempre, en todas las razas y en todas las edades: la necesidad de explicarse el misterio del alma, del mundo y de Dios. El siglo XIX le hizo arrojar lejos de sí el dualismo al presentarle el monismo, la doctrina unitarista que surgía con el Renacimiento y ante la cual huían en fantástica desbandada las tinieblas del fanatismo de la Edad Media; el hombre, al abrir las manos para recibir la nueva doctrina, dejó caer al suelo su ideal místico, que se hizo pedazos; y ahora que la inteligencia humana se vuelve lentamente contra el ideal amoral del materialismo, ahora que el hombre abre sus manos fatigadas por el peso de una doctrina que es enemiga del propio hombre, que le niega su inmortalidad, que niega a Dios, que suprime toda causa final en la Creación, que condena al Universo a una eterna evolución en la que nuevos mundos y nuevas humanidades vendrán a substituir a éstos, destinados a desaparecer como aquellos que los subs-

tituyan, y así sucesivamente hasta lo infinito, esto, es, sin que haya habido principio ni pueda haber un fin, ahora, el hombre se ve desnudo, huérfano del ideal, poseído de la sombría tristeza que le inspira el convencimiento de que ni aquéllo que tenía antes ni lo que hoy rechaza han contenido la Verdad perseguida, la Verdad ansiada, la luz pura a cuya claridad el anhelo íntimo del alma sonría, como el niño en la cuna que se siente amado y que no conoce incertidumbre alguna en su porvenir.

Los grandes pensadores, los espíritus superiores sólo sufren en esta crisis como se padece durante una pesadilla, de la que al fin se despierta y en la cual hay a veces la intuición de que se está soñando, de que todo el malestar del ensueño desaparecerá al disiparse como un ensueño que es; las inteligencias privilegiadas pueden abrigar el íntimo convencimiento de que así como a aquella abdicación del pensamiento en el "sólo sé que no sé nada" sucedió la vigorosa filosofía Kantiana, la demostración, con el "que podemos saber", de la posibilidad de la ciencia y de la metafísica, así en el mañana puede una nueva filosofía sacudir y disipar el desaliento del siglo intelectual, y esta intuición les será suficiente para sentir bajo sus pies el punto de apoyo que esas grandes inteligencias reclaman imperiosamente, como reclama el cuerpo una base sólida en que mantenerse para no experimentar la angustia física de la caída. Pero los espíritus superiores son la excepción de la regla general; queda la gran masa anodina de que las sociedades, los pueblos y las naciones están formados, y la mediana o poca intelectualidad de esta gran masa no tiene punto de apoyo alguno. Y ella lo necesita, porque hasta ella llega vagamente como un rumor el malestar moral que provoca la crisis del pensamiento humano; el pueblo se da cuenta, sin ser pensador, sin co-